

La Cosmonauta

Dejé escapar el más profundo de los suspiros mientras cerraba la puerta tras de mí. La había perdido para siempre. Eché un vistazo a mi alrededor y sentí un frío que calaba mis huesos y mis entrañas. Pesambrosa, di un par de zancadas para finalmente desplomarme sobre el viejo suelo. Todo lo que conocía había desaparecido. Mis ojos, que en un pasado reflejaron la poesía del corazón, estallaron en gélidas lágrimas y una irónica risa salió de mis demacrados labios. Ese sonido llenó el cuarto y a los segundos el viento se lo llevó. Lo había comprendido, la había perdido. Me había perdido.

Han pasado tantas cosas en mi vida de las que ahora me he dado cuenta...

Alcé la mirada y descubrí un espectáculo inigualable. De repente, todo cambió, el cielo estrellado se transformó. Poco a poco los pequeños astros que contenían el frágil corazón de mi amor fueron sufriendo una metamorfosis completa, digna de Ovidio, ante mis asombrados ojos. Pestañee incrédula y volteé la cabeza a un lado y a otro. Un señor leía concentrado su periódico, ajeno al fenómeno que transcurría en esos mismos instantes. El Universo me mandaba un mensaje y yo simplemente lo estaba ignorando. Volví a mirar la cúpula nocturna y me pellizqué el antebrazo izquierdo. No estaba soñando. Toda la bóveda celeste estaba mutando a una sopa de letras gigante. Una "C" pasó efímera en forma de estrella fugaz mientras que lo que debería ser un pequeño astro se convirtió en una brillante "O". La Osa Mayor ya no era un carro sino que se había transformado en una "T" gigante, la Osa Menor formaba a su vez una "S". Incluso los planetas tomaron parte en este infantil juego formando el nombre que a cada segundo pronunciaban mis labios: "La Cosmonauta". Yo negué lentamente mirando al suelo mientras me alejaba silenciosamente del lugar. El cielo la echaba de menos casi tanto como ella a él, estaba escrito en las estrellas.

La primera lección que he aprendido es que necesito a la Cosmonauta tanto como al oxígeno.

"Esas noches de verano acompañada de mis amores imposibles y el insomnio que cada noche me ataca. Las estrellas, dichos amores imposibles, y una hoja en blanco me ayudan a luchar contra el mundo de los sueños, mundo del que todos andan enamorados, menos yo, que vivo enamorada de la distancia, luces brillantes en medio de la oscuridad. Mi corazón pertenece a las dueñas de tantas promesas de locos amantes, que prometían la luna cuando las estrellas son más bonitas. Viejas y sabias viendo al mundo florecer, a la personas madurar y a la humanidad marchitarse. Dulces estrellas, alumbrando nuestro camino, matando a los monstruos de la noche cerrada. Descansan por el día mientras yo muero de añoranza. Paso ese tiempo implorando por el brillo de mi amor, y cuando llega la noche subo a mi azotea a contemplar a mis amadas. Exactamente a una, no la más brillante o bonita, sino la estrella que llena de luz todo mi ser. Maldito amor que me tiene aprisionada ¡Maldita distancia!;Quién tuviese alas para volar a tu seno y dormir en tus dulces brazos!;Maldito amor imposible y estúpido, que me tiene de una estrella enamorada!

-La Cosmonauta"

Solté aquella carta que había destruido mi corazón sin un atisbo de vacilo y fijé mi mirada en el horizonte. Me había mentido todo este tiempo, yo no era su estrella, yo era la simple luna para ella.

Me di cuenta de que la Cosmonauta no era el desastre sino que todos menos ella lo éramos.

Todavía recuerdo cuando dormíamos en la misma habitación. Ella en el flanco derecho de la cama, justo al lado de la ventana, y yo en el izquierdo, junto al armario. Aun siento en mi cuerpo la brisa fresca de la mañana, al amanecer sin ningún tipo de manta porque ella se la había llevado para

presenciar la muerte de sus preciadas amantes y el alumbramiento de un nuevo día, la vida naciendo de la muerte. Cuando llegaba a la terraza unas lágrimas recorrían sus dulces mejillas. En esos momentos sentía que no era mía, que era una estrella más que quería volver a casa. Cuando notaba mi presencia se secaba los últimos rastros de tristeza y me regalaba una melancólica sonrisa junto a un: "Estoy bien, solo me he emocionado" con voz rota. Lo que desconocía era que yo había descubierto que en mitad de la noche se deslizaba fuera de nuestro nido de amor y se iba con sus pequeños astros. Salía al balcón y allí su alma desaparecía haciéndose más y más menuda. Sus ojos brillaban como nunca y en ellos estaba reflejado todo el Universo, como si supiese todas las respuestas a sus misterios, como si las estrellas les susurrasen los secretos...

La Cosmonauta estaba enamorada de mí porque cuando me miraba a los espejos de vida encontraba el Universo reflejado en ellos. Y yo estaba enamorada de la Cosmonauta porque ella era poesía, danzaba entre las líneas de la vida y se movía al son de su banda sonora personal. Ella era la poesía que yo necesitaba y yo era la estrella que ella buscaba.

- ¿Qué haces?
- Colocar la última.
- ¿La última qué?
- Ahora verás impaciente, tumbate ahí y no abras los ojos hasta que yo te diga.
- ¿Y ahora qué?
- Ahora es cuando... comienza la magia.

Observé la habitación a oscuras atónita y exclamé:

- Son estrellas.
- Efectivamente.

Una divertida sonrisa se dibujó en mi rostro, ignorante de lo que estaba por venir.

Pero eso nunca fue suficiente...

- Tengo una mujer atravesada en las entrañas. Llegó sin avisar y ahora no me paga el alquiler, pero no importa, ella es mi maquinista, el motor de mi gran autómatas. Ella da cuerda a mi cajita de música y con su risa taponas mis rupturas. Me invade y me domina. Se ha hecho dueña de lo que era mío y ahora soy un okupa en mi propio cuerpo. Ella pone a punto todos los mecanismos, los cuida, los mimas y los captura. Es la Coleccionista de mis Pedazos y yo mientras tanto estoy encarcelada en la prisión del pensamiento...

A la Cosmonauta se le escaparon unas amargas lágrimas que yo confundí con felicidad mientras le leía lo que había escrito por y para ella.

Y es una paradoja que lo que más amé sea lo que más odie...

Aquella noche estaba despampanante. Alrededor de su inefable figura se extendía un aura cegadora que nos hechizaba a los simples mortales. Su sonrisa de luna me abrazaba con un cálido resplandor y su mirada de fuego no era de este mundo. Sus ojos se habían transmutado de azul mar embravecido a verde madre selva. El ambiente estaba cargado de fuego en las venas, hecatombe en los oídos, chupitos de rock y conciertos de tequila. No sabía si abrazarla, besarla o amarla en ese mismo instante. Solo era consciente de que era un astronauta inexperta en el espacio que existía entre nuestros cuerpos. Ella rompió la barrera del sonido y provocó un accidente mortal, en el que

mi respiración y mi desbocado corazón fueron las víctimas. Aquella madrugada jugamos a hacer y a deshacer el tiempo, a construir amaneceres desde cero y a forjarnos un futuro incierto entre las sábanas. Lo que no advertí cuando me entretuve en unir sus lunares para crear nuevas constelaciones fue que éstos ya estaban unidos, y yo no había sido la causante.

Me dolía porque sabía que no podía ser mía. Ni mía ni de nadie. Ella pertenecía a las estrellas.

Tímido e inesperado. Nuestros labios apenas se habían rozado y mi corazón ya había iniciado su danza en el interior de mi pecho. Entonces fuimos uno, el tiempo se volvió infinito y el infinito eterno. Dejé de sentir el frío de esa noche y el sonido del tráfico a lo lejos, solo sentía sus suaves labios sobre los míos. Cuando nos separamos me invadió esa sensación de vacío, volvió el frío y los sonidos, pero durante unos instantes inmortales sentí cómo es llegar al cielo. Y cuando miré esos ojos azules, tan azules como ese mar que tantos buenos recuerdos me trae y ese cielo por el que gracias a ella volé durante unos segundos, pude comprender que la amaba, tanto que dolía.

Ella era diferente...

“Un rayo...¡y ya la noche!” así describe Baudelaire a la transeúnte que robó su corazón en un instante. En mi cuerpo hubo una tormenta entera cuando mis ojos se posaron en aquella diosa hecha mujer. Un relámpago atravesó sin piedad mi pecho provocando una corriente eléctrica que recorrió toda mi esencia, generando un hormigueo que estremeció al Universo entero. Los truenos se convirtieron en el palpitar de mi exultante corazón produciendo temblores a mi alrededor y dejando sordo a todo aquel que lo escuchaba. Y por último, la lluvia, caía a torrentes sobre mi persona asfixiándome y haciéndome sentir más ligera que una bocanada de aire al mismo tiempo. Acompañada de su sonrisa, collar de perlas, se acercó lentamente, torturándome a cada segundo que daba. Pude detallar cada peca de su rostro que me haría pecar, cada rizo color fuego y sangre que me abrasaría transportándome a las puertas del mismísimo infierno y cada curva en la que me marearía al deslizarme por su delicada y esculpida figura. Ella había desatado una catástrofe en mi interior y solo ella podía detenerla.

Ella era más sueño que persona.